



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE MAYO DE 2019

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

## Vidas más acá de toda ficción

ADIÓS A LOS AUTOBUSES  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Se trataba de una colina formada por ruinas de edificaciones de diferentes épocas. Y cuando el amanecer comenzaba a despejar la sombra nocturna, la luz primero llegaba abrazando las reliquias arquitectónicas más viejas, las de piedra volcánica situadas al sur.

El horizonte ya había clareado totalmente cuando arribó al lugar el primer grupo de turistas. Llegaron en un autobús viejo de treinta pasajeros. Cuando se abrió la puerta, las primeras en descender fueron sus voces, y luego el olor a limón artificial del aromatizante del autobús. Conducía don Arturo, el esposo de doña Helena, quien era la arrendataria de ese y otros camiones turísticos.

El negocio lo había tomado ella luego de que la empresa fuera asegurada por la Procuraduría General de la República, porque ese negocio había pertenecido a un hombre acusado de lavar dinero para un grupo delictivo que dominaba la costa de El Golfo. Luego, como marca la ley, la empresa tuvo que mantenerse operando mientras duraba el proceso judicial.

Así es que fue a doña Helena, quien ya trabajaba para la empresa turística desde antes del aseguramiento, a quien se le ofreció la oportunidad de mantener el negocio en marcha. Se quedó con los tres autobuses y el terreno con una pequeña casita. Empezó su vuelo, pero no llegó, ni muy alto, ni muy lejos. El flujo de efectivo tenía sus temporadas: subía en diciembre, en semana santa y en vacaciones de verano, pero se desinflaba como globo que silba su aire durante el resto del año.

Así es que la empresa fue acumulando pérdidas: primero dos o tres meses de renta, pero luego se recuperaba y pagaba el atraso. Así, hasta que las pérdidas crecieron y doña Helena ya no pudo seguir poniéndose al corriente. Terminó siendo demandada por dos vías mercantiles: primero, para que regresara los autobuses y el inmueble donde vivía y servía de oficina, y segundo, para que pagara el adeudo de las rentas mensuales vencidas, que ya acumulaban un año.

Por eso, aquel día en que los turistas llegaban por la mañana a la colina de ruinas, conducidos por don Arturo, el esposo de doña Helena, ella no lo acompañaba haciéndole plática. Ella había decidido aprender a conducir para poder hacer un viaje simultáneo a las mismas ruinas, en otro autobús, con más pasajeros. Primero le fue difícil aprender a dar las curvas, pero en dos semanas pudo dominar la maniobra.

Luego de que ambos autobuses llegaron al sitio, don Arturo y doña Helena se reencontraron para desayunar sándwiches que ella había preparado la noche anterior. Luego esperaron un par de horas, a que los turistas regresaran de visitar el lugar.

Durante el camino de regreso, don Arturo pensó en vender la casa que había recibido como herencia de sus padres, para poder pagar las deudas del negocio. Y así fue al final. El juez ordenó el desalojo de la pareja, el retorno de los autobuses al gobierno y el embargo de la casa de don Arturo si el arrendador no pagaba el adeudo.

Con el dinero de la casa, doña Helena



y don Arturo regresaron a su pueblo, donde la vida era más barata, y compraron una casita más pequeña. En el patio arreglaron una granja con animalitos y un vivero con árboles para su venta. Ahí pasaron su vejez en calma, asombrándose sobre la vida con prisas que se vivía en las ciudades, meditando sobre el paso del tiempo, y disfrutando de su vida pazuata.

HEREDEROS INEXISTENTES  
OLGA DE LEÓN

Al par de viejecitos que vivían desde hacía varios años lejos de todo contacto con la civilización, entendida esta como la vida de las grandes ciudades, les estaban vedadas las oportunidades y lujos de contar con una comunicación instantánea a través de tecnología avanzada, tanto como las necesidades que requieren cada día de más dinero para vivir "decorosamente", y compartir con amigos pertenecientes al mismo estatus socioeconómico, los mismos gustos por los deportes, las compras de marca y los autos de lujo o por lo menos del año en curso.

Pero, eso no significaba que nunca hubiesen probado el sabor agríndice de tales niveles y estilos de vida. Solo que ahora, por decisión propia, se habían alejado del mundo del ruido, la ostentación y el alarde, con la firme convicción de jamás regresar a lo de antes: las riquezas materiales, la carrera por el éxito, la competencia contra todos y por todo. Y, eran más felices que nunca en aquel ranchito pequeño, perdido dentro del bosque al que casi nadie llegaba, como no fuera porque se perdiera en la ruta hacia otra ciudad o pueblo, o porque alguien los buscara.

Desde luego, cada semana recibían la visita de un propio a quien le habían encomendado les llevara provisiones y algo de dinero que más que usar en sí mismos, lo repartían entre los vecinos más pobres que tenían no muy cerca de

ellos, pero tampoco tan retirados, como para no darse cuenta de las carencias que padecían. Al mismo tiempo, el joven encargado de visitarlos, solo para eso y algunas otras cosas que surgieran en la metrópoli como urgentes de ser atendidas por los viejecitos dueños de varias empresas, los mantenía al tanto de lo que sucedía con sus propiedades, las cuales ya estaban, algunas en venta y otras repartidas entre sus descendientes: sobrinos y ahijados, no hijos, pues nunca tuvieron más que uno, el cual murió en un accidente sin haberse casado, ni haberles dado nietos.

Ese día, muy temprano, llegó hasta la casa de doña Nachita y don Filiberto una pareja que dijo venir en busca de ciertas posesiones que habían heredado de sus abuelos, cuando estos murieron. Los viejecitos, que estaban en perfecto estado de salud, a pesar de sus setenta y tantos años, los invitaron a pasar. ...Y los llevaron hasta la cocina, en donde doña Nachita tenía la olla de café con canela y un pedazo de piloncillo hirviendo, y un pan de nata que recién había horneado ella misma.

La joven pareja miró a su alrededor desde que entraron, y pudieron ver que si bien esa era un casita no tan pequeña pues tenía un segundo piso, donde ellos dedujeron estarían al menos dos alcobas o tres piezas más, se percataron de que allí no había vestigios de modernidad, ni mobiliario en forma alguna oneroso ni una sola silla o sillón de más. Ciertamente, allí podrían vivir dos personas más, pero en ese momento nadie estaba.

El primero en tomar la palabra fue el varón, y dijo: -pues, verán ustedes, señores...-se detuvo, ya que se dio cuenta de que no sabía el nombre de ninguno... Don Filiberto, adivinando el porqué de su silencio, dijo: -¿a quiénes andan ustedes buscando por acá?, ¿cómo se llaman ellos? Nosotros somos... - Doña Nachita, -pues ya se sabe que por lo regular las mujeres tienen un olfato especial para rarezas y desconfianza, interrumpió a su esposo, diciendo: -

somos los encargados de cuidar esta propiedad, mientras los dueños regresan de Europa. Don Filiberto volteó a ver a su mujer y esta le guiñó un ojo, con lo que él entendió que debía seguirle la corriente.

¡Ah!, exclamaron al unísono la pareja de jóvenes recién llegados. Y, acto seguido, añadió la mujer: -Pues ya no tendrán que esperar, sino desalojar la casa: los dueños han muerto. -Así es, continuó el joven, hace más de tres años, que nuestros abuelos partieron de este mundo y si bien nadie ha encontrado sus cuerpos, se les tiene por desaparecidos, sino fallecidos. Parece que murieron en el último trasatlántico que tomaron...

Don Filiberto miró a su esposa y ella asintió, como entendiendo que lo dejaría hablar y ella solo seguiría el rumbo que tomara la plática.

No habían pasado ni veinte minutos desde que la joven pareja entrara en el hogar de los dos viejecitos, y ni cinco de que aquellos les anunciaran que deberían desalojar la cabaña, cuando habiendo llegado en ese momento el encargado de representarlos en la capital, ya que ese día le tocaba llevarles sus provisiones, y habiendo escuchado cómo la pareja se atrevía a correrlos de la propiedad que solo a ellos les pertenecía, entró sin tocar a la puerta, pues juzgó que su presencia era inminente y no permitirla que el par de vivales, lastimaran a quienes eran sus jefes.

Quiénes son ustedes, preguntó a los invasores. No, perdón, no nos interesa quiénes sean, salgan de esta propiedad, o serán encarcelados acusados de tentativa de hurto y hostigamiento hacia los legítimos dueños de esta y muchas otras propiedades, quienes no tienen nietos ni hijos, por lo menos no de la calaña de ustedes. Acabo de dar aviso a las autoridades, así que mejor será que se marchen de inmediato y nunca vuelvan.

Los usurpadores desaparecieron, nadie supo de ellos: como si nunca hubiesen existido.



Víctor Domingo Silva

Poeta, novelista, cuentista, dramaturgo y periodista, Víctor Domingo Silva nació el 12 de mayo de 1882 en Tongoy. En 1901 arribó a Valparaíso, ciudad en la que permaneció por espacio de 15 años. El Puerto, por esa época, bullía de actividades culturales atrayendo a muchos artistas e intelectuales de otras provincias. Víctor Domingo Silva participó activamente en las tertulias de la época junto a Carlos Pezoa Véliz, Augusto D'Halmar, Daniel de la Vega, Ernesto Montenegro, Zoilo Escobar y Gustavo Silva Endeiza, entre otros. Junto a otros escritores fundó el Ateneo de la Juventud de Valparaíso, la Universidad Popular y se desempeñó como periodista de El Mercurio de Valparaíso, en donde escribía con el seudónimo de Cristóbal de Zárate. Además trabajó como periodista en varios diarios de la época como La Provincia de Curicó, del que además fue fundador, El Tarapacá y La Nación, entre otros.

En 1905 Samuel Lillo lo invitó a leer su poesía en el Ateneo de Santiago. Su intervención tuvo gran éxito, en palabras de Lillo: "Se sintió repercutir bajo la bóveda de la Universidad un huracán de versos y estrofas en que chocaban con visos de pedrería las metáforas de Hugo y de Andrade, los arranques de Pedro Antonio González y los ritmos vibratorios de Rubén Darío, y por encima de este oleaje tumultuoso, la figura personalísima del poeta, que iba a ser por muchos años uno de los líricos más altos de América".

En 1905, publicó Hacia allá, su primer libro de poesía. Este primer volumen inauguró una extensa producción literaria que abarcó todos los géneros. En poesía publicó El derrotero (1908), Romancero naval (1910), y Poemas de ultramar (1936), entre otros. Su labor como novelista quedó reflejada en Golondrina de invierno (1912), con la que obtuvo el primer premio en el certamen convocado por el Consejo Nacional de Bellas Artes y que es una de sus obras más conocidas; también, La pampa trágica (1921), Palomilla brava (1923), por mencionar otras novelas. Su vocación teatral quedó registrada en un buen número de obras de teatro, entre las que se encuentran El pago de una deuda (1908), Nuestras víctimas (1912), Las aguas muertas (1921), y Fuego en la montaña (1938). Una de sus composiciones más afamadas es, sin duda, el poema titulado "La nueva Marsellesa", que escribió en el año 1903, con motivo de una violenta represión a la Huelga realizada por los trabajadores en Valparaíso.

Recibió el Premio Nacional de Literatura en el año 1954 y el Premio Nacional de Teatro en 1959. En Chile fue asesor literario de la empresa Zig-Zag, fundador de la Sociedad de Autores, miembro del Ateneo de Santiago y de la Academia Chilena de la Lengua. Después de una destacada trayectoria en las letras nacionales, murió en Santiago, el 20 de agosto de 1960.

### ad pédem literae

"Los hombres son como los astros, que unos dan luz de sí y otros brillan con la que reciben."

José Martí

### Letras de buen humor

"Casi siempre que un matrimonio se lleva bien, es porque uno de los esposos manda y el otro obedece."

Gregorio Marañón

Joana Bonet

## Elogio del desengaño

Anna Magnani acostumbraba a engañarse como método preparatorio. Hasta el extremo de pensar que no ganaría nunca un Oscar, razón por la cual -aparte de su pánico al avión- no asistió a la ceremonia en la que sería galardonada con la estatuilla por su papel en La rosa tatuada. En la recreación de su vida realizada por la actriz Arantxa de Juan se percibe continuamente la anticipación al desastre. Se trata de una brillante actuación y una audaz puesta en escena que tiene lugar en su propio domicilio, en la madrileña calle del Desengaño. La obra arranca en la habitación de la intérprete, a oscuras, ella sollozando de dolor en la cama y el reducido público, mitad sentado, mitad de pie, reprimiendo la tos.

Magnani tocó tanto fondo con el neorealismo que llegó a detestar la magia. Se hizo a sí misma con mucho talento, elevadas exigencias y demasiado alcohol. El temperamento fue su refugio, su fatal autoengaño para soportar abandonos -empezando por el de sus padres-, envidias, silencios, malentendidos, rup-

turas. Y ese acto final propio de un The end de melodrama hollywoodiense: Roberto Rossellini, el gran amor de su vida (que la sustituyó por Ingrid Bergman), acompañándola al hospital donde falleció. Contra todo pronóstico, según ella misma, a Nannarella le dieron un Oscar, y el amor de su vida la escoltó en su muerte.

El autoengaño es un asunto reservado a las divas, sólo a ellas se les puede perdonar que se cieguen de gloria. Los hay veniales, por ejemplo, pensar que no te llama nadie por tu cumpleaños porque coincide con el día de la Madre, y mortales, ¿o no lo es creer que tu marido te es infiel por culpa de las artes de seducción de la zorra de su amante? Pero, de entre todos, el más vil de los autoengaños es la autoexculpación. La que estos días escuchamos en el PP, como si su estrepitosa derrota tuviera otra explicación que la involución ideológica. Ha sido por culpa de Sánchez y su campaña del miedo, sentenciaron. Y ahí está el análisis del politólogo Aznar, un visionario: la



verdadera razón del estropicio es la fragmentación de la derecha. Lo que al principio parecía aceptación de la derrota teje hoy un guion de buenos y malos, temeridad e ingobernabilidad, comunistas y ultras.

Nada vende más que la sinceridad, un mea culpa que no necesariamente tiene que ser a la japonesa, como el de aquel presidente de Toyota que se postró -

dodge se denomina al gesto de arrodillarse en señal de profundo lamento y disculpa- ante la prensa y el país entero pidiendo perdón. Espolear la contienda y justificarse con marketing político acaba siendo un mal negocio. Hagan igual que Magnani: piensen que no ganarán, y su ausencia, como la de Mariano Rajoy en el PP, será doblemente lamentada.